

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et iustitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causa agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet. —Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Precios de suscripción.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

Puntos de suscripción.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

PARA EL TRIUNFO DE LAS ARMAS PONTIFICIAS; BAJO EL AMPARO DE LA INMACULADA VIRGEN MARÍA. LETANIA LAURETANA CON OFRENDAS A SU SANTIDAD.

Kyrie eleison. VICH.—Humillad, Señora, los enemigos de la Santa Iglesia y del bondadoso Pío IX, Papa-Rey, que han jurado hacer astillas la Cruz de Cristo y borrar el nombre de Dios de la faz de la tierra.—L. S. P. D., 30 rs.

AMURRIO. Clemente Eguliz, 20 rs.
ZAMORA. Santísimo Padre, llenad de bendiciones a los que tan heroicamente defienden vuestro patrimonio; el Dios de los ejércitos traiga a verdadero conocimiento a todos los que se separan del camino de la verdad, a los cuales pudiera decirse: Heceine redi, Domine, popule stulte et insipiente? ¿Ningún no ipse est pater tuus, qui possedit te et fecit, et creavit te?—Tres Sacerdotes de Zamora, 50 rs.

Christe eleison. QUINTANAR DE LA ORDEN. Da nobis virtutem contra hostes tuos.—Eusebio Nieto, 20 rs.

Santa María, ora pro nobis. GIRON.—Rodea, oh Señor, la ciudad de Roma y guarda tus Angeles sus murallas; oye benignamente a tu pueblo, aleja de él tu furor porque se han reunido nuestros enemigos que se glorían en su poder; pero tú destruye su fortaleza y dispersalos, para que conozcan que tú solo, Dios nuestro, y ningún otro, es el que nos defiende.—Francisca Moran Lavandera, 40 reales.

NAVAS DE ORO. Benito Negrete Bucy, 18 reales.

Santa dei genitrix, ora pro nobis. MADRID.—Un Sacerdote, 20 rs.

Mater purissima, ora pro nobis. OYARZUN.—Virgen Santísima, auxilia al Sumo Pontífice y a la Iglesia.—María Ignacia Goy, y su madre, 10 rs.—Ruega, Señora, por los afligidos, y ampara a Nuestro Santísimo Padre.—María Rita Berasategui, 4 rs.—Hazme digna de tu amor, y no desampares a Pío IX.—Josefa Ignacia Aramburu, 4 rs.—Amplíame, Madre mía.—José Manuel Eraso, 2 rs.—Ruega por la paz de la Iglesia.—Josefa Echavare, 2 reales.—Asísteme en mis tribulaciones.—Domingo Eguito, 2 rs.—Asísteme, Madre mía.—Francisca Eraso, 2 rs.—A ti dirijo mis pensamientos.—Francisco Eraso, 2 rs.—Socórreme, Madre mía.—Félix Aguirre, 2 rs.—Señor, mi abogada en la hora de mi muerte.—Máxima Narbarte, 2 rs.—Virgen Santísima, no deseches mis humildes súplicas.—Pío Echariz, 4 rs.—Compadécete de la triste situación de la Iglesia, y no desampares a tu hijo.—Pío Aramburu, 4 rs.—Haz que se cumpla tu Santísima voluntad y la de tu Santísimo Hijo.—Lorenzo Hurtado, 4 rs.—Socorre a nuestro Santísimo Padre, y libra a España de la impiedad.—Dolores Ayarragaray y su esposo, 2 rs.—Amplíame en los peligros de esta vida.—Manuela Josefa Aramburu, 2 rs.—Sea por tu mediación perfecta mi devoción.—Nicola Echeveste, 4 rs.—Que todo el mundo os alabe, Madre piadosa.—Ignacio Zalacain, 4 rs.—Madre inmaculada, salva al Pontífice y a tu Iglesia.—Manuela Luznariz, 4 rs.—Consérvame siempre pura, Madre mía.—Aurea Saiz, 2 rs.—Socorre a nuestro Santísimo Padre, y libranos de la impiedad.—Esteban Irigoyen y su familia, 40 rs.—Levanta a los caídos en la culpa.—Esculástica Echeveste, 2 rs.—Ruega, Señora, y defiende al Sumo Pontífice.—Sebastiana Echeveste, viuda de Burgeta, 20 rs.—Humilla a los enemigos de la Santa Madre Iglesia.—Nicola Sorondo, 20 rs.—Ora por dilectísimo Pontífice nuestro Pío.—Manuel Gavino Sein, Presbítero, 20 rs.—Disperge inimicos ecclesiae, qui operantur iniquitatem, et humiliter ministri diaboli.—Manuel Clemente de Arbiz, Presbítero, 400 reales.

Mater Salvatoris, ora pro nobis. ALLARIZ.—Salva, Virgen Santísima, de la invasión de los nuevos bárbaros los Estados de nuestro amantísimo Padre Pío IX; consérvale la salud, y haz invencibles a sus ya esforzados defensores.—Camilo Rodríguez Aris, 30 rs.

Virgo potens, ora pro nobis. SANTANDER.—Un católico, 200 rs.

Refugium peccatorum, ora pro nobis. AZPEITIA.—Elias Mendiola, 20 rs.

Consolatrix afflictorum, ora pro nobis. ESPINAR.—Félix Rodríguez, 20 rs.—Eugenio Rodríguez, 40 rs.—Matías Rodríguez, 10 rs.—María del Barrio, 10 rs.—María Sebastián, 4 real.—José Fernández, 4 cuartos.

MONTBLANCH. Tres suscritores a EL PENSAMIENTO ESPAÑOL 56.

Auxilium christianorum, ora pro nobis. BURGOS.—Gervasio Lastra, 50 rs.

HIJOJOSA DEL VALLE. Madre Purísima, ruega por las necesidades del Pontificado y de toda la Iglesia, católica, apostólica y romana.—Gabriel Aparicio Gutiérrez, 50 rs.

Regina confessorum, ora pro nobis. LUGO.—Pascual Silveiro, por su mujer y por sí, 40 reales, y por su hijo José, 5 rs.—Asunción Silveiro, 3 rs.

Regina virginum, ora pro nobis. LUGO.—Alberto Silveiro, 5 rs.

Regina sacratissimi rosarii, ora pro nobis. VALLADOLID.—Varios devotos del Rosario, 30 rs.

Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis. PORTUGALETE.—Ora pro Santísimo Papa nostro.—José Clemente de Lecanda y otros vecinos, 440 rs.

LUGO. Eusebio Silveiro, 5 rs.

CAZALLA DE LA SIERRA. Manuel de Tena y Perey, 6 rs.—Angel María Sosa y Castilla, Presbítero, 4 rs.—Recogido por el mismo, 53 rs. 17 mrs.—Andrés Villarroja y Cano, Presbítero, 4 rs.—Tomás María Alberdi y Contreras, Presbítero, 4 rs.—Manuel Cornello y Ortega, Presbítero, 40 rs.—Juan Delgado y Girona, 2 rs.—Francisca Delgado, 2 reales 17 mrs.—Antonio Silva Buenavieja, 3 rs.—Dos hijos a nombre de sus padres difuntos, 35 rs.—Bernardo Fondevilla Romero, 2 rs. 17 mrs.

Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere nobis. TORO.—Manuel Calero, 4 rs.—Angel González, 2 rs.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

REALES ORDENES.

Beneficencia y Sanidad.—Negociado 5.º

Pasada a informe del Real Consejo de Sanidad la consulta que con fecha 5 de Junio último elevó el subgobernador de Menorca a la dirección general de Beneficencia y Sanidad acerca de si a los buques que han tenido accidentes durante el viaje y lleguen a aquel departamento con géneros expurgables debe contárselos la cuarentena desde que termina la descarga, o desde que fondean en la respectiva consigna, lo ha evacuado en los términos siguientes:

«Excmo. Sr.: En sesión de ayer aprobó este Consejo el dictamen de su sección segunda que a continuación se inserta:

La sección se ha enterado de la consulta elevada por el director del lazareto de Mahón acerca de si a los buques que han tenido accidentes durante el viaje y lleguen a aquel departamento con géneros expurgables debe contárselos la cuarentena desde que termina la descarga de estos, o desde que fondean en la respectiva consigna.

Da origen a la consulta la llegada a aquel lazareto de la corbeta española *Rosa y Carmen*, procedente de Buenos Aires con cargamento de cueros, que salió de aquella plaza el 24 de Marzo último con patente limpia, y que el 5 de Abril siguiente perdió un hombre de la tripulación a consecuencia de una pleuro-pneumonia, padecimiento que ha caracterizado así el médico del lazareto por los informes que le dió el capitán, contestes con el diario de la navegación que detalla el curso de la enfermedad. Dicho buque llegó a Cádiz en 24 de Mayo y fué admitido a observación; pero al día siguiente, a consecuencia de la Real orden de la misma fecha, fué despedido para el lazareto de Mahón, en donde se le sujetó al trato de patente súcia.

Vista la ley de Sanidad de 28 de Noviembre de 1855, y en especial los artículos 34 y 41:

Vistas las reglas 19 y 24 de la Real orden de 25 de Abril último:

Considerando que el buque en cuestión, por su procedencia y el accidente ocurrido a su bordo era natural que inspirase alguna sospecha, toda vez que no estaba plenamente justificada, sino por re-

ferencia, la causa de la muerte del viajero que falleció durante la travesía:

Considerando que la junta de Cádiz obró con la cautela debida despidiendo al buque para lazareto súcio el mismo día en que recibió la Real orden de 25 de Abril último, en la que se encargaba la mayor escrupulosidad en el cumplimiento de las medidas sanitarias, siendo inexorable para imponer a la menor sospecha que pudiera ofrecer la nave:

Considerando que al sujetar el buque al trato rigoroso en Mahón el director no hizo más que llenar con esto su deber, primero porque la regla 45 de la Real orden de 6 de Junio de 1860 ordena que ninguna junta pueda alterar los acuerdos de otra, y segundo porque el buque llevaba a la vez géneros expurgables;

La sección cree procedente que se apruebe la conducta observada por la junta de Cádiz y el director del lazareto de Mahón, y que se recomiende igual comportamiento para casos análogos a los demás funcionarios del ramo; y respecto a la consulta que se hace sobre el tiempo en que deberá empezarse a contar la cuarentena a los buques que atribuyen a los lazaretos para purgaria, debe estarse a lo que propone en esta misma fecha el Consejo con motivo de consulta semejante del director del mismo lazareto.

Tengo el honor de elevar a V. E. la consulta que precede para la resolución de S. M., devolviendo los antecedentes que la motivan, remitidos a esta corporación con fecha 29 de Julio próximo pasado.

Y conformándose la Reina (Q. D. G.) con lo propuesto por el expresado alto Cuerpo, se ha dignado aprobar la conducta observada por los directores de Sanidad marítima a que el Consejo se refiere, mandando al poco tiempo se publique esta Real disposición en la *Gaceta de Madrid* para conocimiento de los gobernadores de las provincias marítimas y de los directores del ramo, y con objeto de que atemperen su conducta a esta prescripción en cuantos casos análogos puedan presentarse en lo sucesivo.

De Real orden lo digo a V. S. para su inteligencia y efectos. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 22 de Octubre de 1867.—Valero y Soto.—Señor gobernador de la provincia de...

PARTE EXTRANJERA.

DISPACHOS TELEGRÁFICOS.

París, 4.—Flores, 5.—En Génova, en Turin y en Nápoles se han verificado numerosas prisiones a consecuencia de las últimas demostraciones en favor de la capitalidad de Roma.

Dícese que las diferentes clases de la reserva del ejército italiano van a ser llamadas al servicio activo.

Flores, 4.—Continúan las negociaciones con Garibaldi para persuadirle a evacuar el territorio romano.

Dícese que van a ser llamados próximamente todos los contingentes del ejército.

La *Gaceta oficial* dice que el Gobierno italiano no impulsará ni aceptará los plebiscitos de las poblaciones romanas.

Asegúrase en Londres que Austria y Francia están de acuerdo en la política general.

París, 4.—En la nota del Sr. Moustier publicada ayer por el *Monitor*, se consigna la frase de que el Gobierno francés no puede tolerar la intervención italiana por pequeña, por transitoria que sea y sean cualesquiera los motivos con que se quiera cohonestar, puesto que el Gobierno francés la ha condenado y desaconsejado (*deconseillé*); que no puede ser cómplice de ella, y que si Florencia espera una aprobación siquiera sea tácita por parte del Gabinete francés, esta creencia es una ilusión que no puede Francia tolerar.

Noticias recibidas de Florencia dicen que allí ha producido una inmensa sensación de disgusto la nota publicada por el *Monitor*, desaprobando la entrada de las tropas florentinas en los Estados Pontificios.

Se había reiterado la repulsa de los plebiscitos favorables a Víctor Manuel; pero aunque Víctor Manuel ha rechazado los plebiscitos de adhesión de algunas municipalidades, el Gobier-

no florentino ha tenido especial cuidado de tomar nota de estas aclamaciones.

Este es el juego de siempre.

Algunos telegramas hablan de conspiraciones borbónicas descubiertas en Palermo y Nápoles. No sabemos si en efecto, a favor de la agitación existente, han podido intentar algo los partidarios del Rey de las Dos Sicilias, ó si el Gobierno quiere justificar medidas de rigor que considere necesarias para atravesar la difícil situación en que se ha colocado.

Esto último parece lo más probable.

Signe confirmándose la noticia de que los pontificios atacan a Garibaldi.

El *Standard* de Londres, periódico protestante, después de asentir que el Emperador de los franceses trata de arreglar la cuestión romana por medio de una conferencia, teme que esta tentativa tenga el mismo resultado que todas las anteriores. El diario inglés dice que esa conferencia no podría determinar las relaciones recíprocas de Italia y de la Santa Sede, bajo las mismas condiciones en que se reunió la conferencia de Londres para determinar las relaciones recíprocas del Luxemburgo y de la Alemania. Indica que no hay la menor probabilidad de que las potencias invitadas a esa conferencia se pongan previamente de acuerdo sobre la base de un arreglo. Sería razonable enviar embajadores a París para determinar la extensión de territorio que se haya de dejar al Papa, y cuyo goce habrá de garantizar la Europa, ó arreglar las condiciones bajo las que el Papa podrá ejercer su autoridad espiritual desde Roma, entregada al Rey de Italia en el caso de que Su Santidad estuviese dispuesto a permanecer allí. Pero sería ocioso reunir una conferencia para decidir si ha de mantenerse ó no el poder temporal.

Una conferencia para arreglar las relaciones recíprocas de la Santa Sede y de Italia en la que esta última no tomase parte, no llegaría seguramente a una solución definitiva. Pero Italia se ha negado siempre a reconocer el derecho de ninguna otra Potencia católica ó protestante que no sea la Francia, a intervenir entre ella y el Pontificado.

En particular ha protestado contra las pretensiones de las Potencias católicas de mantener a Roma como capital de la Iglesia católica, doctrina, dice el general Lamarmora, que es la negación misma de nuestro derecho público, y según la cual, el territorio y la población de Roma quedarían constituidas en una especie de manos muertas en provecho del Catolicismo.

Italia se aviene a tratar esta cuestión con Francia, pero ha rechazado el derecho de las otras Potencias católicas a mezclarse en la suerte del Papa, porque tratando con Francia solamente, le queda siempre la eventualidad de tomar a Roma; al paso que si tuviese que consultar los deseos de las otras Potencias católicas debería renunciar para siempre a esa aspiración.

Ahora bien, un tratado que colocase a Roma con un territorio mayor ó menor a su alrededor bajo la garantía de la Europa, destruiría completamente toda esperanza de adquirir a Roma. Además la Italia protestaría contra una conferencia compuesta exclusivamente de Potencias católicas, al paso que las Potencias protestantes mostrarían repugnancia a tomar parte en ella.

¿Querían las Potencias no católicas garantizar algo al Papa? Inglaterra no lo haría seguramente. Podrá un Gobierno inglés enviar representantes a la conferencia, pero ningún Gobierno inglés garantizará Roma al Papa, ó si la garantizase no valdría esa garantía el papel en que se escribiera.

El Gobierno prusiano podrá quizás tomar parte en una conferencia si se lo pide la Italia, pero su posición es delicada.

Con la gran mayoría de sus súbditos protestantes y amigos de la Italia no podía el Rey garantizar el poder temporal, y por otra parte, teniendo varios millones de súbditos católicos, tendría que mirarse mucho en declarar por la caída del Pontificado. Nosotros no creemos, prosigue el *Standard*, que el Emperador logre reunir una conferencia como no le invite a las Potencias católicas, y esto se dice que está deliberando con Austria y España para imponer un arreglo al Papa y al Rey de Italia.

No es dudoso que España se adhiera a esa proposición, y al Emperador de Austria no le dis-

tará unirse a un arreglo para proteger al Papa, del que Francia tomase la iniciativa, del que sería el principal custodio, y que se impusiese a los dos antagonistas. No parece regular que el Emperador Napoleón quiera atarse las manos para tan poco fruto. Lo que que este desea es obtener el juicio de un areópago europeo, juicio al cual se sometan todas las partes; pero como hemos dicho antes, son muy débiles las probabilidades de obtener nada de esto, y como no queda aquel echar fuera de sí la carga de proteger al Pontificado, es probable que prefiera seguir soportándola.

El telegrafo de Roma continúa interrumpido. Solo se sabe que las tropas de Víctor Manuel ocupan a Ceperano y Prosinone, y que la protesta del señor Moustier publicada en el *Monitor* de París, ha producido grande excitación en Italia; por lo cual se teme de un momento a otro que desaparezca la inteligencia que al parecer existía hasta ahora entre los Gobiernos de París y Florencia y que los Estados pontificios sean en breve teatro de alguna colisión entre italianos y franceses.

Ya se mirarán un poco unos y otros antes de empezar a tiros.

Ha circulado el rumor de que los franceses que ocupan a Roma, habían recibido orden de acometer a los garibaldinos. Pero no hay noticia alguna que confirme este rumor, que es, sin duda, una tergiversación de la noticia ya antigua de que las tropas pontificias habían recibido esta orden en efecto.

La *Correspondencia general austriaca*, publicación favorecida por los centros oficiales, reproduce dos notables artículos del *Debate* y de la *Prensa*, en que, agradeciendo mucho los obsequios dispensados al Emperador, se recomienda una política pacífica, como la única conveniente al estado actual de Austria. La *Prensa* se muestra bastante desdenosa hacia la Francia, a quien acusa de querer arreglarlo todo con conferencias europeas.

En los círculos políticos gubernamentales de Berlín se cree que en caso de guerra podría el Rey de Prusia disponer de las antiguas fortalezas federales de la Alemania del Sur (Ulm, Rastadt y Landau), igualmente que del ejército de los Estados del Sur.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 5 DE NOVIEMBRE DE 1867.

En medio de la desconfianza que nos inspira el lenguaje de los órganos oficiales del vecino Imperio, acerca del resultado definitivo de la intervención francesa en Roma, no hay que desconocer un hecho de suma importancia. Las tropas imperiales están en la Ciudad Santa; la vida de nuestro amantísimo Padre no corre ya peligro alguno; no hay temor de que Pío IX caiga en poder de las hordas garibaldinas.

Juntemos este hecho al de haber salido el mismo Soberano de los Estados Pontificios y Sumo Pontífice sano y salvo del terrible azote del cólera, que por espacio de dos meses ha estado afligiendo a la capital del orbe católico, sin que el venerable anciano haya abandonado un sólo momento la población, ni se haya retraído de visitar los hospitales, ni de llevar a la casa de los pobres enfermos los consuelos espirituales y los auxilios materiales de su inagotable caridad, y no podremos menos de bendecir a Dios y de adorar su especialísima Providencia que protege de una manera visible la vida de este gran Papa, cuyo nombre resplandece, aun entre la esplendorosa serie de los que con mayor gloria han gobernado la Iglesia universal desde San Pedro hasta nuestros días.

ella lo hizo así, y quitándose un prendero del alcazar, descubrió su rostro, que no menos que el de Diana era. Así pareció a todos los de la sala real, como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos: esto mismo hacia la hermosa Haja, pues los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, matando con su vista a los caballeros de amor, y a las damas de envidia.

A todos admiró la hermosura de la bizarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La Reina, que asimismo estaba espantada de la beldad de Haja, le dijo al Rey:

—Sírvasle vuestra alteza de que goce yo desta dama.

—Vaya en buen hora, dijo el Rey, que bien sé que ha de haber más de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.

Llamaron a Haja, y haciendo mesura al Rey y a los caballeros, pasó a besar la mano a la Reina, y de rodillas en el suelo, se la pidió. No quiso la Reina darsela, antes la levantó, y la hizo sentar junto a sí. A todas las damas causó admiración la perfección con que en todo dotó la naturaleza a Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina, Galiana, Fátima, Celima, Cobayda y otras muchas damas de excelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja.

ZEGRIES Y ABENCERRAJES.

53

lo tuvieseis por bien, emparentáseis conmigo dándome por mujer a vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y a ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama, que era de lo mas principal de Granada; mas me he querido casar hasta que he visto a vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.

Con esto cesó el Zegri, aguardando su bien ó su mal.

Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenia ó no aquel casamiento, y al fin, considerando el valor de los Zegries, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendría por bien lo que ambos hiciesen. El Zegri muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, é hincándose de rodillas habló desta suerte:

—Alto y poderoso Rey, suplico a vuestra Real Majestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mío para que goce dellas, porque sabrá vuestra Majestad que, venido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento a sus dos hermanos, los cuales sabiendo quién soy lo han tenido por bien, y me la han prometido por mujer; por lo que suplico a vuestra Majestad sea servido de que nos desposen conforme a nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasión en tan buen tiempo.

El Rey, mirando a la dama y a sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo, dijo que si era gusto dellos, y la dama quería, que él era contento.

Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduán, ardiendo en enojo é ira, se levantó en pié, y dijo:

—Señor, a este casamiento que pide el Zegri no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libre de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay tambien prendas que son confirmacion desto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agravarme ninguno, porque me lo pagará.

El Zegri respondió alborotado que Haja no se podía casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defendería hasta la muerte.

Reduán, que oyó la arrogancia del Zegri, arremetió a él para herirle con muy enconada rabia. Los Zegries acudieron a favorecer a su pariente, y los de Reduán, Muza y los Abencerrajes fueron a socorrerle. El Rey, viendo el escándalo que empezaba, mandó pena de muerte a quien más hablase en el caso, que él determinaría lo que había de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinacion; y visto que ya estaban sosegados, fué al estrado.

En que se dá cuenta de lo que sucedió al Rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaen, y la gran traicion que los Zegries y Gomeres levantaron á la Reina mora y á los caballeros Abencerrajes, y muerte dellos.

CAPITULO XIII.

El último y postrero día de las fiestas, el Rey comió con todos los principales caballeros de su corte, y alzando la mesa, habló a todos de aquesta manera:

—Bien sé, leales vasallos y amigos míos, que ya os será odiosa la vida, pasada en tantas fiestas como habemos tenido, y que a voces os llama el fiero Marte, en lo que os habeis ocupado siempre. Ahora, pues, que Mahoma nos ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insignie ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos a la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen a buscar hasta nuestros mu-

Bendigamos, pues, á Dios que nos ha conservado incólume á Pío IX en ambas crisis, y reconocamos humildemente que el Cielo nos lo guarda para bien de la Iglesia, para el triunfo de su santa causa.

En el estruendo de la guerra, en la confusión de las noticias más alarmantes, en la sorpresa de los acontecimientos que se amontonan graves y sombríos como negros nubarrones que vienen á juntarse para la tempestad, nada hemos dicho del gran suceso, del fausto anuncio del Concilio general que trata el Papa de celebrar en Roma. Parece que lo hemos olvidado; parece que con nuestro silencio nos hemos hecho cómplices de cierta desconfianza, del temor de que los deseos de Su Santidad no se cumplan y las esperanzas de la Iglesia no se realicen. Pero no es así.

Podemos asegurar á nuestros lectores que jamás hemos dejado de tener presente que Pío IX quiere celebrar el Concilio, que lo está preparando, que no deja de trabajar para apresurar el día de su celebración.

Aun diremos más, y esto solo puede considerarse como mero sentimiento nuestro, como efecto de nuestra viva fe: en los conflictos personales del Papa, en el desconsuelo con que algunos días contemplábamos los sucesos, en la siniestra fascinación que en algunos momentos ejercían en nuestro ánimo ciertos rumores, jamás dejábamos de pensar que Pío IX había manifestado su voluntad de reunir á la Iglesia docente, probablemente para el día 8 de Diciembre del año próximo, y esta idea nos consolaba, nos fortalecía y nos animaba. Era uno de los asilos de nuestra esperanza, un lugar de refugio para alivio de nuestras penas y descanso del corazón.

No es de fe ni mucho menos que el Concilio haya de celebrarse, ni pasa hasta ahora de mero rumor el que ha de celebrarse en tal día ni en tal sitio; pero nosotros tenemos esa fe, esa pia creencia, ó si se quiere, esa esperanza de que los sucesos actuales en nada han de modificar el proyecto del Concilio: que este ha de abrirse el 8 de Diciembre de 1868, y ha de abrirse en Roma, en esa Roma asediada, en esa Roma poco há combatida interior y exteriormente, y ha de abrirse por el actual Pontífice, que luego podrá exclamar con la alegría de otro justo y venerable anciano: *nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.*

¿Quién sabe si todo esto que ahora se nos presenta tan revuelto y confuso, es el medio que Dios dispone para que el Concilio, del que ha de salir el triunfo de la Iglesia, se celebre en paz, con la seguridad que antes no se divisaba, y se inaugure el día que quiere Pío IX y en la ciudad que Pío IX ha elegido?

Dios le asista y le inspire en el gobierno de la Iglesia. Dios proteja á la persona de nuestro Santísimo Padre de una manera especialísima, palpable, notoria, y Dios dispone las cosas valiéndose muchas veces de los medios mismos que nosotros, pobres mortales, nos atrevemos á juzgar contrarios á los inexcrutables designios de la Divina Providencia.

Por de pronto, ya vemos que el cielo ha sacado ileso á Pío IX del cólera y de las conspiraciones garibaldinas. El Padre Santo nada tiene que temer ya personalmente de los sacrilegos facciosos que le atacaban. El cólera ha desaparecido de Roma, y Roma por ahora está segura para el Pontífice.

Esperemos.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

¿Cuál se figuran nuestros lectores que es en Francia el grito de la conciencia pública y del patriotismo ante la invasión de las tropas italianas en los dominios de Su Santidad? Pues si hemos de creer á la *France*, no es otro que el de que Francia se ponga de acuerdo con Italia para *limitar* y *regular* su acción, ó frente de ella para *detenerla* en sus empresas. Y ¿cuál es el objeto de la acción de Italia, de sus empresas,

de su entrada en el territorio romano? También, siguiendo á la *France*, debemos afirmar que la audaz tentativa del Gobierno florentino es: primero, una protesta contra la intervención francesa; segundo, una prenda que toma para resolver la cuestión romana á medida de sus deseos, un paso hacia Roma. Esta es, añade la *France*, la verdadera significación de la intervención italiana, todo lo demás es accesorio. Es incontestable, continúa, que el ejército italiano ha entrado en los Estados pontificios, no de acuerdo con nosotros, sino contra nosotros y con el propósito de quebrantar ó destruir una soberanía que el tratado de Setiembre quiso colocar á salvo de todo ataque.

Está bien, pero ¿cómo se concilian estos dos extremos? ¿cómo siendo la entrada del ejército italiano en las provincias romanas una protesta contra la intervención francesa, un ataque á la inviolable soberanía de Su Santidad, se contenta Francia con querer ponerse de acuerdo con Italia para *limitar* ó *regular* su acción, ó con ponerse frente á frente de ella para *detenerla* en sus empresas? ¿Cómo obrando el ejército florentino contra lo dispuesto en el tratado de Setiembre y contra los deseos de Francia, se satisface esta con otra cosa distinta de la evacuación del Patrimonio de San Pedro por las tropas del Rey Víctor Manuel? He aquí lo que nosotros no podemos explicarnos, lo que de ningún modo podemos armonizar.

¿Qué! ¿Tan flexible es la conciencia pública del vecino imperio y su patriotismo, que al ver roto el tratado de Setiembre y pisoteada la firma de Francia, cuya tinta está fresca aun, no tiene inconveniente en tolerar esa audaz tentativa, como llama la *France* á la entrada del ejército italiano en las provincias romanas? ¿Tan poco se cuida la nación vecina de su dignidad que se halla dispuesta á transigir con los atentados del *reino subalpino*? ¿Ama á esa niña mimada, que se apellida Italia, tanto como es necesario para sufrir el último y mas grande de todos sus desmanes, de sus ingratitudes sin ejemplo? Si así es, la misma *France* se equivocaba el día pasado al afirmar que la conducta del Gobierno de Florencia, había producido honda sensación y una agitación indescriptible en el vecino imperio; que la herida que el ministerio Menabrea había inferido al honor y á la dignidad de Francia habían conmovido profundamente el sentimiento público y la opinión nacional.

Conocemos algo el carácter francés, sabemos cuáles su flaco principal; pero no ignoramos que en la cuestión romana, la verdadera Francia no es la que resulta de las pinturas que ayer publicaba de ella el periódico más decididamente oficioso de París, sino la descrita por el en su artículo de fondo del día anterior. Los hechos son el lenguaje más elocuente para conocer en un momento dado los verdaderos sentimientos de un pueblo, y la imprenta periódica y las correspondencias del vecino Imperio nos refieren abundantísimos hechos que no permiten dudar de la hermosa actitud de la mayor parte de Francia en la cuestión romana: ¿cómo por tanto el verdadero espíritu francés, la opinión verdadera de Francia, la conciencia pública del vecino Imperio y su patriotismo se han de satisfacer con *limitar* ó *regular* la acción de Italia ó con *detenerla* en sus empresas?

Porque repárese bien en las palabras que emplea la *France* y nosotros subrayamos, *limitar*, *regular* la acción de Italia, *detenerla* en sus empresas! ¿Puede satisfacer semejante lenguaje á ningún católico ni á ningún francés? *Limitar*, es poner límites á un terreno, es contener una acción, es restringir un ímpetu, una tentativa cualquiera. *Regular*, es hacer alguna cosa con sujeción á una regla, es ordenar un movimiento con arreglo á un criterio determinado. *Detener*, es suspender una cosa, impedir que pase adelante; y esta significación de los verbos *limitar*, *regular* y *detener* es universal, la que tiene en todas las lenguas.

Ahora bien, ¿hay después de esto ó no hay

fundamento para temer que invocando la conciencia pública y el patriotismo francés, se dé á la cuestión romana una solución que ese patriotismo y esa conciencia pública están muy lejos de apetecer? ¿Hay ó no hay motivo bastante para suponer que á pretexto de calmar la agitación pública, y de tranquilizar el espíritu público de Francia transigirá el Gobierno de París con las pretensiones del *flamante reino*, aunque para ello tenga el primero que hacer el sacrificio de su decoro y de su dignidad?

No se nos diga en contra de esto que, según las últimas noticias telegráficas, el Gobierno imperial ha exigido la salida de las tropas italianas del territorio pontificio; porque esas mismas noticias añaden que el Gabinete francés ha tenido esa exigencia para después que los garibaldinos sean dispersados por el ejército italiano, y esto, aparte de que sea ó no cierto, lejos de ser un motivo de tranquilidad y consuelo, es causa de mayor alarma y de que se aumente nuestro temor.

Si la cuestión romana no tuviera los antecedentes que tiene, y si no conociéramos la política moderna, tal vez confiáramos; pero la historia de la unidad italiana y la política de Francia no nos permiten confiar, aunque las tropas francesas se hallen por otra parte en Roma, y á cubierto de todo sacrilegio Su Santidad.

Lo cierto é indudable, según la *France*, es que se quiere *limitar* ó *regular* la acción de Italia, ó *detenerla* en sus empresas, y que en consecuencia, entrará quizás en los planes de la política consentir en el nuevo paso que ha dado hacia Roma, ó sea en una desmembración más del territorio pontificio.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

PRINCIPIOS DE LA RECONQUISTA ESPAÑOLA.

En la general corrupción moral y política que había invadido á España en los últimos años de la monarquía goda, no todos los españoles se habían dejado arrastrar por la corriente poderosa. Desgraciadamente, los mas contaminados, libres de escrúpulos y sin reparar en la legitimidad de los medios, se habían apoderado de los destinos públicos. Condes venales, como D. Julian, ocupaban puestos de tanta confianza como el gobierno de Ceuta, que era la llave de la nación. Quienes obtendrían los primeros mandos en el ejército, lo dice con significativo silencio la historia que no nos ha transmitido el nombre de ningún oficial; la Iglesia lamenta que el nombre de D. Oppas, vaya acompañado del de la dignidad arzobispal.

Pero detrás de aquella turba de aduladores, afeminados y descreídos, que pasaban la vida discutiendo placeres é intrigas, y comiendo las rentas de la nación, estaban los españoles que trabajaban y pagaban, llorando en silencio los males de la patria que veían aumentar á cada cambio de gobierno con honda pena de su corazón. No sabemos con qué nombre designarían los demás á estos españoles, que, separados de la administración de la cosa pública y jamás sentados en el banquete cuyo gasto ganaban y satisfacían, conservaban en su corazón, como en una arca sagrada, las antiguas tradiciones de la patria, la fé en Dios, el respeto á su Vicario y un amor á toda prueba al privilegiado suelo en donde habían recibido el ser; pero no sería difícil adivinar qué nombre se les hubiera dado, si vivieran en los tiempos actuales.

Esta clase de hombres abundaba mucho mas que en las ciudades populosas, en las aldeas y en los campos, señaladamente hacia las montañas que han sido tantas veces la salvaguardia de la independencia ibérica.

Disputan los historiadores si fueron los godos ó los españoles primitivos los que dieron el santo grito de salvación en las altas cumbres de Asturias y en cien distintos puntos del Pirineo, tomando algun escritor como argumento para sostener que fueron los godos, el que los demás

españoles nada habían de perder en el cambio de dominación. ¿Acaso eran momentos propicios para echar cálculos semejantes aquellos en que, rota la débil valla del Guadalete, los sarracenos se derramaban por la Península, haciendo temblar la tierra debajo de sus pies y cubriéndola toda de espanto y desolación? Si los españoles, fuesen godos ó indigenas, no estimaban como bien sumo la Religión, mas cuenta les tenia para salvar sus riquezas, aliarse ó entregarse á los vencedores que no huir á los montes, á donde les era imposible llevar otra cosa que su persona, y esto con dificultad. Los que, por el contrario, se horrorizaban al nombre de mahometanos y á la idea de perder la fé, debían abandonar todo y lo abandonaron antes que ponerse en peligro de renegar. Estos fueron los que con amor á Cristo y á la patria, se llevaron á la frontera el germen de la restauración, habiendo entre tantos godos é indigenas, nobles y plebeyos, pobres y ricos, de todas clases y de toda jerarquía social.

Se comprende que de las provincias lejanas fuesen solo las personas que por su posición tenían medios para aventurar un largo viaje, las que huiesen á aquellos puntos de refugio; á las clases bajas sorprendidas por los conquistadores y faltas de recursos para marchar, no les quedaban sino dos extremos entre los cuales pudiesen elegir: ó apostatar de Cristo, ó sujetarse á todas las condiciones impuestas por el soberbio vencedor para poder conservar la fé. El número de estos cristianos que permanecieron en el país mezclados con los árabes (mutázarabes) fué muy crecido, según acreditan muchos monumentos históricos.

El Clero, á excepción de la pequeña parte que siguió á D. Oppas, se dividió en dos grupos: unos se fueron á dirigir y animar á los que por la fé se deserraban de sus provincias; otros se quedaron para dirigir y animar á los que por la fé se veían sujetos á pruebas dolorosas y á seducciones tentadoras. Unos y otros obraron bien. Decir que el Clero huyó, en son de censura, como lo hace un historiador, es acriminar la conducta de D. Pelayo y de cuantos le acompañaron; decir que los Clerigos no hicieron escrupulo de quedarse entre los moros, supone muy poco conocimiento de la misión del Sacerdote católico, y un alma desprovista de todo sentimiento misericordioso, pues quien de este modo se expresa, dá á entender que el hubiera abandonado á los españoles impedidos de huir, muchos de los cuales sufrieron valerosamente el martirio.

¡Ah! Si la España de Witiza y de Rodrigo, la España que á fuer de despreocupada no temia el Korán y despreciaba las quejas del Papa hizo traición y defendió tan malamente á la patria, la España católica no se dejó vencer. Aun á los sarracenos no se les había pasado la sorpresa causada por la facilidad de la conquista, cuando encontraron inesperadamente una resistencia que les arrolló.

Recordemos lo que sucedió á principios de este siglo: quiénes fueron los afrancesados, y quiénes se levantaron contra las huestes de Napoleón, logrando cortar el vuelo á las águilas de Austerlitz, y podremos formar alguna idea de lo acontecido á principios del siglo VIII.

Los montañeses del Pirineo y de Asturias, ajenos á las intrigas de la antigua corte, al ver llegar á sus tierras á los señores fugitivos, y oír que los sectarios de Mahoma manchaban nuestro suelo, olvidaron como buenos las pasadas desatenciones y ofensas, y mientras los *ilustrados* hacían la corte á los Walis, ellos convirtieron los agujones en lanzas; y agrupándose al rededor de cualquiera que supiera dirigirlos, empezaron al grito de ¡Religion y patria! aquella guerra de gloriosas hazañas, superior á cuantas ha celebrado la epopeya.

El lugar de su comienzo se ha fijado por una especie de convención tácita entre los historiadores, en las montañas de Asturias; punto sin duda más notable, ya porque habiendo

acudido de las provincias, llamados ahora de Portugal y de una gran parte de España, debía reunirse allí el mayor golpe de gente, ya porque hallándose entre los fugitivos el célebre D. Pelayo, de familia Real, la guerra había de tomar mas presto acertada y regular dirección. Mas al mismo tiempo que en Asturias, se levantaban en toda la larga cordillera que separa á Francia de España, partidas que habían de ser principio de grandes ejércitos, dirigidas por guerrilleros que vendrían á ser Reyes.

El ejército sarraceno, que casi tan reposadamente como en país propio, se dirigió al Oriente de la Península é internó en las Galias, vadeando por su raíz los Pirineos, no reparó que dejaba á sus espaldas un extenso panorama de montañas, entre cuyos riscos rebullía un pueblo heroico que no permitiría nunca que brillase en sus altas cumbres el siniestro fulgor de la media luna. Mucho antes de la maravillosa victoria de Covadonga, se dió en las partes orientales «una batalla en que pelearon desde que comenzó el sol hasta que se puso, y fueron muertos más de dos mil musulmanes. Acudieron luego muchos de los Pirineos, y destruyeron tres días con fuego y espada y se cubrió la tierra con sangre, y vencieron los franceses.» Esto lo cuentan los mismos árabes, que llaman franceses del Norte á los de las Galias y simplemente franceses á los españoles fronterizos. La comunicación entre los musulines de España y el ejército que penetrara en Francia llegó á estar cortada, y en Cataluña hay pueblos que tocan todavía á *Laudes* por no haber podido visitarlos los mahometanos.

Más el objeto de este artículo no es fijar fechas ni discutir opiniones históricas, sino recordar que no fueron los hombres de partido ni los que se hallaban bien con cualquiera religion los salvadores de la patria. ¡Ah! ¡La fé! La fé era el fuego que inflamaba los corazones, la luz que alumbraba los senderos de la victoria, el principio, el medio y el fin de las batallas, y de los sacrificios. Una tosca cruz sirve de bandera, la contrasena de los combatientes es un *Santo*, los cánticos de guerra himnos á la Reina de los Angeles, los Obispos muchas veces capitanes, las arengas un sermón, la sangre de Cristo sacramentado el vino que enardecía, sin embriagarlos, á los que entraban en batalla; por arcos de triunfo se levantaban altares, y una línea de templos, como los mojones en que se anotan los kilómetros, señalaba todavía el camino recorrido por los defensores de la patria independiente, después de ganado con su sangre. El soldado y el jefe, confundidos en la mesa de la comunión, como en el campo del combate, se animaban en un mismo espíritu, aspiraban á igual objeto, considerábanse todos soldados de Cristo, en términos, que en muchos años apenas se encuentra el nombre de un general, pero sí el Santo que se invocó en la batalla.

El cielo respondía bondadoso á esta fé de los españoles, bendiciendo sus esfuerzos y protegiéndolos con una no interrumpida serie de milagros.

No faltará, por desgracia, quien al recordar estos asombrosos hechos, en vez de alabar el valor y la constancia de aquella esclarecida raza de héroes, sienta por ellos una compasión repulsiva; porque para muchos hombres que medran hoy día, ¿qué es la fé y la Religion? ¿Valen acaso la pena, no ya de dejarse matar por ellos, mas ni de sufrir un leve quebranto en los intereses? ¿No es una locura empeñarse en cerrar las puertas de España á la libertad de cenir el turbante y quemar incienso á Mahoma? ¡Oh! Para este linaje de hombres, aquellos que desde Puigmal y Covadonga no cesaron de ahuyentar á los moros hasta el África, deben ser irremediablemente unos infelices.

Pero estos infelices salvaron á España, y casi puede decirse que salvaron á Europa y á la Cristianidad entera. Sin estos infelices, los sarracenos, no debiendo temer de los españoles, ántes ayudados y dirigidos por ellos, hubiera

Reduán, que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase, y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando á su amante Reduán, y si con lanza y adarga le había parecido bien, mucho mejor le parecía vestido con el traje de corte, y mas tan galán como estaba; y estendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno la pareció llegar á poder competir con su querido Reduán. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fué poco contento para el moro.

El Rey dijo á Reduán:

—Mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvisteis con Gazul, porque sería de ver, siendo ambos tan valientes.

—Yo soy testigo della, dijo Muza, porque no pudiéndolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza, que entre un león y una onza no podía ser mas violenta; y movido á compasión de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse en medio, y cesó la escaramuza, quedando los dos con igual victoria.

—¿Qué les movió al desafío, dijo el Rey?

—Son cuentos largos, contestó Muza; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo.

llo luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones, y en topando el escuadrón de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces más gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos, aunque les costó cara esta victoria, porque murieron más de seiscientos moros.

En este día hicieron los caballeros Abencerrajes y Alabeces grandes cosas en armas; y si no fuera por su valor, no se venciera la escaramuza.

Volvio Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el Rey. También se señaló en este día Reduán, á quien el Rey abrazó con muy grande amor; y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho días, y por los casamientos; las cuales pasadas, determinó el Rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaén, que era quien más daño le hacia; y dándole el cargo de capitán general al valiente Reduán, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

do de la Reina, y tomó la mano á Haja, y puesto en medio de la sala, la dijo que escogiese á Reduán ó el Zegrí, ó á aquel que más gusto le diese.

La dama, viendo que no podía dejar de obedecer el precepto de su Rey, se puso á considerar la palabra que habían dado sus hermanos al Zegrí, y por otra parte, consideraba el mucho amor que tenía á su Reduán y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habían pasado, y á la fé y palabra que había dado de ser su esposa.

Considerándolo todo muy bien, se fué con el Rey de la mano á donde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al Rey, le dió la mano á Reduán, diciendo:

—Señor, este quiero por esposo.

El Zegrí quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor, se salió de palacio con intento de vengarse de Reduán, del cual se celebraron aquel día las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrían y talaban la Vega, y así fué necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos.

El valeroso Muza, como capitán general, sa-

—Ya entiendo lo que puede ser, dijo el Rey; bien sé yo que Reduán no volverá á hacer escaramuzas con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera.

—Vuestra Majestad está en lo cierto, dijo Reduán; porque estoy ya olvidado de todo aquello; pero á la sazón perdiera mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera á perder una.

—Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos, dijo el Rey.

Diciendo esto, los dos caballeros, hermanos de Haja, se habían sentado junto á Mahandin Hamete, principal caballero y rico, del linaje de los Zegries, el cual, habiendo visto la hermosura de Haja, estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos della; allígale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir les dió parte á sus hermanos, diciéndoles:

—Señores caballeros, ¿conocéisme?

—No, señor, sino para servirlos, respondieron ellos, que como forasteros no conocemos particularmente á los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto Rey y en su real palacio, bien inferimos que debeis de ser de estirpe clara.

—Pues sabed, caballeros, que soy Zegrí, descendiente de los Reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mención de mí y de los de mi linaje, y querria, si

arrojado sus ejércitos impetuosos a la otra parte de los Pirineos, y arrollaron a los ejércitos de los franceses: los refuerzos que del África hubieron de venir a nuestra Península, hubieran aportado a Italia, y la Europa toda habría sido musulmana. ¿Qué sería ahora del mundo si esto se hubiese verificado? Espanta el imaginarlo. Si las mismas causas producen iguales efectos, al establecimiento del Korán hubieran sucedido los harems, la disolución de costumbres, la destrucción de la familia, la enervación de las fuerzas y la debilitación de la sociedad, como aconteció en Marruecos y en Turquía, en donde se ven y se palpan los efectos del mahometismo. ¡Dichosos, pues, aquellos infelices, que fueron los elegidos por Dios para salvar a la Iglesia y al mundo!

No queremos pensar que puedan invadir a España otra vez los sarracenos; pero si Dios, para purificar la atmósfera viciosa y descreída que respiramos, para avivar la fe y renovar las costumbres del pueblo cristiano, permitiese que otros bárbaros,—que los hay también con bota de charol y fino guante,—atentasen a nuestra Religión y nuestra independencia, ¡quién los defenderían? No los traidores que a cambio de humillar a sus contrarios, tratan con el extranjero; no los hombres para quienes es indiferente la Religión, que pudiendo hallar lo demás que ambicionan en el poder advenedizo, se pondrían a sus órdenes, sino el pueblo ilota, no civilizado para burlarse del Papa y de la Iglesia; serían esos infelices a quienes se desprecia, que reuniéndose otra vez en los Pirineos, formarían una cruz con las ramas de los árboles, buscarían un D. Pelayo, é invocando a Santa María y Santiago, andarían de victoria en victoria y de templo en templo el camino todavía sombreado de laureles que abrieron los antiguos conquistadores.

FRANCISCO DE ASÍS AGUILAR.

Ayer se celebró la sesión inaugural de la Academia de jurisprudencia y legislación. El señor don Ramón Nocedal, secretario primero, leyó una Memoria ganamente escrita, y el excelentísimo Sr. D. Cándido Nocedal un excelente discurso, que nos apresuramos a transcribir en otro lugar de nuestro periódico, en la seguridad de que daremos una satisfacción a nuestros lectores.

Así la Memoria como el discurso fueron escuchados con muestras señaladas de aprobación.

Sin sorpresa, por sernos conocidos los deseos del Sr. Carulla, pero con suma satisfacción, leímos anoche en *La Esperanza* las siguientes líneas:

«Chocábanos no ver en la redacción al Sr. Carulla, cuando se nos entregó la siguiente carta:

«Sr. D. Vicente de la Hoz y de Liniers.

«Mi muy estimado compañero y amigo: Me falta tiempo material para ir a verle, y determino escribirle la presente, que no hallo dificultad para la luz pública en el periódico.

«Como sabe Vd. bien, días atrás resolví marchar a Roma con el fin de alistarme en el ejército pontificio. Mas el anterior al que había pensado salir, se supo que los franceses habían recibido la orden de dirigirse a Civita-Vecchia. El temor de que se dijese con fundamento ó apariencias de tal que me marchaba cuando todo podía darse por concluido, me retuvo en Madrid contra mi voluntad.

«Las circunstancias han cambiado completamente, y salgo esta misma noche. Conozco que mis fuerzas son escasas; mas imagino que ahora puedo ser más útil en Roma que aquí y sobre todo quiero dar a usted Santísimo Padre esa débil muestra de mi amor y de mi veneración, imitando la noble conducta observada por esclarecidos jóvenes de todos los países católicos.

«Inútil me parece añadir que aprovecharé todos los momentos que a mi disposición tenga para comunicar lo que ocurra de notable a los lectores de *La Esperanza*, tan dignos por todos conceptos de nuestra consideración.

«Sabe Vd. que le quiero muy de veras su afectuoso servidor, compañero y amigo Q. B. S. M.—José María CARULLA.

No queremos prodigar elogios a la conducta de nuestro compañero; bastanos transcribir su carta para que nuestros lectores emitan el juicio que crean justo. Añadiríamos únicamente que en este mismo momento acabamos de recibir la noticia de la próxima salida de otro joven, cuyo nombre no podemos revelar, a quien no conocemos sino por carta, y de quien sabemos que hace el viaje, como el Sr. Carulla, por su propia cuenta.

Es tal el número de circulares que los *Boletines eclesiásticos* nos traen de los señores Obispos, mandando que se celebren rogativas en favor de nuestro Santísimo Padre, que nos es materialmente imposible darlas cabida en nuestro periódico.

Harto lo sentimos nosotros, porque todas ellas están escritas con lagrimas de amor y de inquietud por el incomparable Pío IX. Ya que no podemos transcribir las manifestamos a lo menos que nos adherimos con todo el fervor de nuestro corazón a los sentimientos y deseos de los reverendos Prelados, y que a nuestra vez deseamos que todos los fieles pidan sin cesar con religioso ardor, por que el triunfo de la Iglesia se manifieste pronto para confusión y arrepentimiento de los que la combaten, para regocijo y tranquilidad de los que la aman.

Leemos en *La España* de hoy:

«Anoche a última hora se hablaba, con referencia a noticias telegráficas, de un nuevo combate ocurrido en Tivoli entre las tropas pontificias y los garibaldinos, habiendo estos sufrido pérdidas considerables. No nos sorprende este suceso: era de esperar después de habernos anunciado también el telegrama la salida de una parte de la guarnición de Roma en persecución de los invasores.

Hasta ahora no tenemos noticia de este combate, a no ser que a él haga referencia el telegrama que insertamos a última hora, en que se dice que Garibaldi ha caído prisionero.

Dice *El Imparcial*:

«Parece que quedará subsistente el obispado de Solsona que había sido suprimido por el último Concordato.

En efecto, tales son también nuestras noticias y aun podemos añadir que quedará asimismo subsistente el Obispado de Santa Cruz de Tenerife y el Coto redondo de las ordenes militares en Ciudad-Real.

Se tienen noticias exactas de los destrozos causados por el desbordamiento del barranco de Car-

raívet. El número de alquerías arruinadas asciende a doce, y el de barracas a 158. La diputación provincial de Valencia parece dispuesta a conceder algunos auxilios a los dueños.

El fiscal militar de la plaza de Jaca cita y llama al sargento segundo de carabineros retirado, Clemente Navarro y Ruiz; al carabnero retirado Antonio Gracia de Canfranc; a Joaquín Pérez, alias Panchoñé; Agustín López Menor, Antonio López Marconé; Miguel Berquies Villacampa, Francisco Anas Gastón, Juan Baile Camaron, Mariano López Lete, José López Pío, Rafael La Iglesia, José Calvo Gastón, Ramon Lamarca Menor, Clemente Mendiara, Jorge Ornat Azarres, vecinos de la villa de Ansó; Babil Regla, Roque Gil, Francisco Arnal, Francisco Gil, Pascual Mauge, Domingo Catarechs, Pedro López, Martín Belzuz, Pascual Chauz, Romualdo Larripa y Bartolomé Iru, de la de Hecho; así como al ex-general D. Blas Pierrard y D. Domingo Moriones, comprendidos en la causa que dicho fiscal se halla instruyendo sobre el paso de los sublevados por las villas de Canfranc, Ansó y Hecho, y pueblos de Castillo Aisa, Besos y Seresa, y de la culpabilidad de estos individuos y demás comprendidos en ella por haber tomado parte en la sublevación del 17 de Agosto último.

Ha salido de Cádiz el señor Obispo de la diócesis, dirigiéndose a Medina Sidonia para continuar la Santa visita.

Queda encargado del gobierno de la diócesis el Sr. D. Vicente Roa, secretario de S. S. I.

Continúan activamente en el arsenal del Ferrol los trabajos de reparación de los vapores de guerra *Colón*, *Pizarro* y *Borja*.

El vapor de guerra *Isabel II*, ancló el viernes en la bahía de Cádiz, procedente de Vigo y Puerto-Rico; ha tenido tres bajas de la fiebre amarilla en su equipaje, y una pequeña avería en la máquina.

Se han reunido las diputaciones provinciales, para tratar de los asuntos económicos y fomento de obras públicas de las respectivas provincias.

El señor marqués de Salamanca saldrá dentro de breves días para Lisboa.

Ha llegado a Palma de Mallorca el nuevo general segundo cabo de aquellas islas, Sr. Gascon.

No se ha hecho aun el resumen de las suscripciones a la emisión de billetes hipotecarios que se han verificado ayer en Madrid. Sabemos sí que los pedidos son considerables, y que el resultado de la operación supera, hasta ahora, las esperanzas del Gobierno. Los despachos telegráficos recibidos de provincias son igualmente satisfactorios.

CORREO DE HOY.

EL GENERAL LAMÁRMORA EN PARÍS.

El general Lamármora, según nos había anunciado el telegrama, llegó a París a las cinco de la mañana del día 3.

A las nueve fué recibido por el Emperador Napoleón.

Después de la audiencia imperial, pasó al ministerio de Negocios extranjeros para conferenciar con Mr. de Moustier. La entrevista comenzó a las doce, y duró algunas horas más de la tarde.

La misión del general Lamármora tiene por objeto hacer un nuevo esfuerzo cerca del Gobierno francés para justificar la actitud del Gobierno pontificio. Pero es evidente, dicen los periódicos imperialistas, que el despacho de Mr. de Moustier, publicado aquel mismo día por el *Monitor*, es el último término de la longaninidad del Gabinete de las Tullerías, cediendo una y otra vez a las instancias personales del Rey Víctor Manuel.

Si no estamos mal informados, dice la *France*, al punto a que han llegado las cosas, es imposible tratar ya con Italia, a no ser bajo las siguientes condiciones:

1.º El Gobierno francés no puede admitir, sea en la forma que quiera, que Italia se ingiera en los Estados de la Santa Sede;

2.º Francia no puede adherirse a la idea de una acción común. Al punto a que han llegado las cosas, sólo Francia puede y debe proteger la seguridad y la independencia del Papá;

3.º Italia no tiene más que un medio de reparar hasta cierto punto la violación del derecho de gentes que acaba de perpetrar, a saber: combatir por sí misma las partidas garibaldinas, y retirarse después de haberlas dispersado.

Al Gabinete de Florencia corresponde, pues, dar a Francia y a la opinión la justa satisfacción que están reclamando.

Francia ha llevado hasta los últimos límites la política de moderación, y lo que el sentimiento público ha tomado por vacilación, no ha sido más que el deseo de dejar a Italia tiempo para reflexionar en circunstancias tan graves. ¡Ojala que llegue a comprenderlo hoy!

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Florencia, 5.—Dice el *Diritto*, que Francia ha declarado en una nueva nota, que la aceptación de los plebiscitos romanos sería considerada como un *casus belli*.

L'Opinione cree infundado el rumor de una nota francesa al Gobierno italiano, en la que Francia exige que las tropas italianas evacúen los Estados pontificios.

Francia ha declarado únicamente, que la intervención italiana ha producido una situación que puede acarrear grandes dificultades, sin declarar, no obstante, cuál sería su actitud ulterior.

Verificada apenas la entrada de los franceses en Roma, la mayor parte de las tropas pontificias han salido contra Garibaldi, que continúa en Monte-Rotondo.

La *Riforma* y el *Diritto* creen que los franceses han ocupado a Viterbo. Una columna francesa se dirige a Velletri.

A propósito de las prisiones recientemente hechas en Florencia, dice la *Italia*, que han recaído principalmente en sujetos culpables de haber intentado desviar a los soldados italianos de su deber. Se han cogido en diferentes ciudades proclamas sediciosas dirigidas al ejército. El Gobierno ha descubierto y sofocado este complot. Han sido arrestados varios agentes borbonicos.

El precedente despacho, como conocerán nuestros lectores, no tiene otro objeto que el poner en buen lugar al Gobierno de Florencia y hacernos conular con ruedas de molino.

Sobre las últimas palabras del telegrama, solo tenemos que decir: ya pareció aquello.

MOVIMIENTO DE LAS TROPAS FRANCESAS.

Leemos en el *Monitor*:

El general ministro de la Guerra ha recibido un

despacho del general Faily, con fecha 31 de Octubre en Civita-Vecchia.

El general Dumont está en Roma con la brigada de Poies. Nuestras tropas han sido acogidas en Roma con el mayor entusiasmo.

Los garibaldinos continúan en las cercanías de Roma.

La brigada Duplessis llegaba a Civita-Vecchia en el momento en que salía el buque portador del despacho del general.

Tolon, 2 de Noviembre.—Ha llegado la escuadra acorazada.

El Canadá ha salido con la division Bataille.

Quedan embarcadas las tropas, caballos y cañones en diez buques que saldrán esta tarde.

Roma, 31 de Octubre.—Tenemos aquí a los franceses. Los garibaldinos están a la vista, a tres millas de distancia.

El general Faily ha dirigido a los romanos una proclama, de la que copio el párrafo siguiente:

«El Emperador Napoleón envía un cuerpo expedicionario para proteger al Padre Santo y el Trono pontificio contra los ataques de las partidas revolucionarias. Los franceses respetarán las personas, costumbres y leyes de los romanos.»

Si quieren Vds. conocer las relaciones que existen entre el ejército florentino y las partidas revolucionarias, lean Vds. las siguientes líneas de *La Riforma*:

«En las fronteras, las tropas italianas se muestran llenas de ardor y prodigan socorros a los insurgentes.»

Cartas de Berlín anuncian que existe por lo menos un acuerdo tácito entre Inglaterra y Prusia acerca de los asuntos de Italia, y que en caso de necesidad, se entenderán los dos Gabinetes para tomar una actitud común.

Mientras esto se dice, un telegrama de Londres nos da a conocer la llegada del baron de Beust a aquella ciudad, de donde debió salir ayer.

Un periódico asegura que el viaje del canciller de Austria tiene por objeto hacer presente a la Reina Victoria que el Emperador, con mucho sentimiento suyo, no ha podido ir por ahora a Inglaterra; pero que el conde de Beust debe de conferenciar además con lord Stanley, con el cual abordará resueltamente las cuestiones de política general.

El Padre general de los dominicos escribe con fecha 27 de Octubre, que acaba de ver al Padre Santo, cuya serenidad y confianza en Dios igualan a sus dolores. Pío IX le dijo estas palabras textuales:

«Italia si sfaccia, el si sfacciera, Roma patirà, ma non si sfaccierà.»

Hé aquí su traducción:

«Italia se deshace y quedará deshecha. Roma padecerá, pero no se deshará.»

Se lee en el *Diario de Roma* del 28:

«Una correspondencia de las Marcas nos dice que el Gobierno de Florencia ha dado abiertamente al llamado comité central, la autorización, ya tácitamente consentida, de distribuir a los garibaldinos los fusiles de la Guardia nacional, y que ha salido de Ancona un buen número de reclutas garibaldinos a quienes se les había dado una prima de 40 francos.

Estos hechos demuestran hasta la evidencia la mala fe de ciertas aseveraciones que han salido de Florencia y han causado tanta indignación como sorpresa en todos los simos honrados.»

Dice el mismo periódico:

«La magistratura romana ha remitido a S. E. el general Kauter, ministro de la Guerra, la declaración siguiente, cuya inserción se nos pide:

«En el Capitolio, a 26 de Octubre de 1867.

La magistratura romana no puede permanecer admirando en silencio la conducta del ejército pontificio, que V. E. con razón ha excitado; ejército que no solo ha combatido y rechazado a los enemigos de la Religión y del Trono, sino que también ha sabido sostener particularmente el orden en esta capital.

Interpretando los sentimientos de esta población, la magistratura romana da por ello a V. E. las gracias más sinceras, y le manifiesta su eterno agradecimiento, rogándole que lo haga saber tanto a los oficiales como a los soldados de todas las armas.

La magistratura no duda de que, con esta admirable abnegación, pronto serán dispersas y destruidas las partidas que han osado acercarse a nuestras murallas.—Siguen las firmas.»

Con el título de *Francia en Roma*, publica la *France* de ayer el siguiente artículo:

«Las primeras tropas del cuerpo expedicionario entraron en Roma el 30 de Octubre; fueron recibidas por la población con muestras inequívocas de simpatía, y la Ciudad Eterna, amenazada por las hordas garibaldinas, ha sido una vez más protegida por nuestra bandera.

Este es el hecho importante y esencial, que domina los incidentes todos de una situación que de un mes a esta parte se complica cada vez más, y caracteriza decididamente la actitud y las resoluciones de la política francesa.

Estamos en Roma, y allí estamos para defender los grandes intereses que nuestro país ve en el sostenimiento del poder temporal. La garantía está allí, en la presencia de nuestra bandera. Nada hay allí más fuerte, y el Pontificado a que cobija, puede creerse a salvo de los peligros que le amenazan.

Al dejar a Roma hará pronto un año, sustituirnos de una manera terminante la salvaguardia de nuestra palabra a la protección de nuestra espada. El día en que no ha bastado el respeto a esta palabra para detener al ejército de Garibaldi é imponer al Gabinete de Florencia resoluciones bastante protectoras, hemos ocupado nuestro antiguo puesto. Tal era el deber que el honor nos imponía y Francia no ha podido siquiera dudar de cumplirlo. Nos han hecho ir a Roma los que han querido abrir sus puertas a la revolución.»

También son del periódico imperialista las siguientes líneas que consagra al despacho de M. de Moustier:

«La respuesta del Gabinete de las Tullerías a la circular del general Menabrea, no se ha hecho ciertamente esperar. Hoy mismo publica el *Monitor* un despacho del señor marqués de Moustier, que da a conocer las impresiones del Gobierno francés, en vista de la invasión del territorio pontificio por el ejército italiano.

Ya se comprenderá la importancia particular que en las presentes circunstancias tienen las declaraciones expresas y terminantes que hace aquel documento.

Francia reprueba absolutamente y sin reserva la resolución del Gobierno italiano. Ve en ella un acto contrario al derecho de gentes y que ninguna conveniencia puede justificar. Lamenta que después de la proclama del Rey Víctor Manuel, que desaproba con tanta energía toda violación de pactos internacionales, se separe Italia de esta línea de conducta, trazada por su Soberano y única que está conforme con su deber y sus verdaderos intereses. Se advierte que el despacho de Mr. de Moustier insiste particularmente en esta última consideración.

Nosotros no hemos pedido nunca ni pedimos ahora a Italia otra cosa que el respeto a sus compromisos. La revolución es la que la impulsa a desconocerlos. Sepárese, pues, de ella energicamente y con resolución y enderece los hechos consumados por inspiración de los revoltosos.

Hé aquí lo que tenemos el derecho de esperar de Italia. La circular de Mr. de Moustier expone nuestro derecho y sus deberes con noble firmeza, que seguramente aplaudirán en Francia todos los que aman a su patria.»

DESPACHO DEL MARQUÉS DE MOUSTIER.

El ministro de Negocios extranjeros acaba de dirigir al señor baron de la Villetteux, encargado de Negocios de Francia en Florencia, el despacho siguiente:

«París, 1.º de Noviembre de 1867.—Muy señor mío: al proclamar energicamente el respeto debido por todos los ciudadanos a los compromisos internacionales, al declarar que estaba dispuesto a reprimir el desorden y a mantener la autoridad del Gobierno y la inviolabilidad de las leyes, el Rey Víctor Manuel nos había hecho abrigar la esperanza de que el nuevo ministerio, marchando con paso firme por la senda que se le había trazado, sabía, tomando eficaces medidas, desanimar a todos los agitadores revolucionarios y restablecer sobre sus bases el orden moral y material.

Una política semejante, practicada sin vacilación y sin concesiones imprudentes a las pasiones de los partidos a quienes se trata de combatir, debía apaciguar inmediatamente la crisis lamentable por que atraviesa Italia en este momento, y volvernos a colocar respecto de ella en una situación conforme a nuestros sentimientos íntimos y facilitar así la tarea recíproca de ambos Gabinetes.

De aquí que hayamos sabido con dolorosa sorpresa la resolución del ministerio italiano de ocupar algunos puntos del territorio pontificio. No queremos discutir hoy las razones que se dan para justificar un acto tan contrario al derecho de gentes: pero nos proponemos manifestar muy en breve las impresiones que nos ha causado la determinación del Gabinete de Florencia.

Por restringida que pueda ser la intervención italiana en los Estados de la Santa Sede, sea cualesquiera la prontitud con que aquella cese y los manejos con que se quiera rodearla, el Gobierno francés, que siempre la ha reprobado, no podría de ningún modo ampararla con su asentimiento. Si el Gobierno del Rey cree que puede esperar de nosotros ni siquiera una adhesión tácita, alimenta una ilusión que nosotros debemos disipar sin duda, y usted atestiguará el vivo y sincero sentimiento con que le vemos separarse de una línea de conducta que en nuestro concepto, es la única que conviene a los intereses de Italia.

Decida Vd. la seguridad de mi más distinguida consideración.—MOUSTIER.»

Nada más importante en estos momentos que dar a conocer la opinión de la *France*, periódico que pasa por ser el mejor intérprete de los sentimientos del Gobierno de las Tullerías, acerca de la cuestión romana.

He aquí el artículo que con el epígrafe *La ocupación italiana*, publica dicho periódico imperialista:

«Cuando el Gobierno italiano, cediendo a las inspiraciones que él parecía haber reprobado, ha dado a sus tropas la orden de traspasar en masa la frontera pontificia, ¿ha meditado bien toda la trascendencia y todos los peligros de una determinación tan grave?

Dejemos a un lado por un instante las consideraciones políticas para examinar el hecho en sí mismo.

Esta resolución puede tener diferentes móviles. O se ha querido hacer un acto de presentación, o se ha habido el propósito de disolver las partidas garibaldinas, o se ha supuesto un conflicto posible con el ejército francés, lo cual nos repugna creer.

Si se ha querido simplemente hacer un acto de presentación, bastaba un regimiento; cuatro divisiones son una fuerza excesiva para ese objeto.

Si se ha pensado en imponerse a nuestro país por un aparato de fuerzas superiores a nuestro cuerpo expedicionario, cuatro divisiones no son suficientes.

Rechacemos estas dos hipótesis y admitamos que el ejército italiano tiene el encargo de cooperar con nosotros a la represión de las partidas garibaldinas que no ha podido contener. ¿Cuál es la situación de los ejércitos pontificio y francés en presencia de los garibaldinos?

Los Estados Pontificios no son dilatados. Los tres ejércitos regulares y el irregular que pisan un suelo tan reducido, pueden encontrarse allí constantemente sin buscarlo.

¿Qué sucederá si un incidente cualquiera pasa a nuestros soldados frente a frente de los soldados italianos, dadas las muy naturales disposiciones que recíprocamente los animan? Las pasiones que se agitan en Florencia, Milan, Nápoles, en todos los grandes centros de la Península pueden haber penetrado en el ejército italiano. Nuestros soldados por su parte, saben muy bien que si están en Roma, la culpa es de Italia y no dejarán de pedir lo que los italianos acaban de hacer cuando el Gobierno francés reprueba y condena la entrada de estos en el territorio romano. En semejante situación, ¿es posible el buen acuerdo? Y si los fusiles se disparan, ¿nos tendremos que lamentar alguna desgracia tal vez irreparable?

Nosotros creemos saber que el ejército italiano tiene la orden de permanecer a cierta distancia de las tropas francesas. Esta orden tiene evidentemente por objeto prevenir lo que nosotros tememos; mas ¿quién sabe las mil diferentes circunstancias que en un territorio tan reducido pueden acaecer?

Si el ejército italiano no sale directamente al encuentro del francés, puede hallarse en presencia de los garibaldinos y de los soldados pontificios. ¿A favor de quién se decide en el caso de una batalla? ¿Acabará de destruir a los garibaldinos vencidos, ó volverá a comenzar la lucha con los soldados pontificios vencedores? Y si los garibaldinos salen victoriosos, ¿podrá tratarse como sediciosos en medio de sus triunfos? Y si las tropas francesas intervienen en este caso en favor de los soldados pontificios, ¿cuál será la actitud del ejército italiano?

Todo se halla erizado de complicaciones y peligros. Tal situación no puede durar. Es preciso saber lo que se piensa en Florencia. No basta proclamar fratricida una guerra con Francia, es necesario evitar la que podría nacer, y sobre todo, no jugar con el honor de nuestro país.»

Recibimos detalles auténticos del combate de Nerola:

«La carta que nos contiene, escrita algunos días después de la acción por un testigo ocular, honra sobre manera a los soldados de la legión romana. Estos formaban cuatro compañías bajo las órdenes de Mr. Girel. Habiendo tomado una posición a 150 metros del castillo, admiraron no sin algún placer su buena y fuerte situación. Todos habían confiado y conculgado, y decían: «Verdaderamente que está una mejor dispuesto para batirse cuando la conciencia está tranquila.»

Los garibaldinos izaron la bandera piemontesa y gritaron: ¡viva Garibaldi! El oficial que estaba en frente contestó: ¡viva Pío IX! y comenzó el fuego. Los garibaldinos tiraron los primeros; su descarga fué muy nutrida. Bajo aquella granizada de balas los hombres de la legión se pusieron de rodillas y recibieron la bendición de su amado y valeroso capitán monseñor Baside, colocado sobre un cerro al alcance del fuego enemigo. Volvieron a levantarse gritando: ¡viva Pío IX! ¡viva Francia! ¡abajo Garibaldi! Su apostura era verdaderamente la de los héroes.

El comandante Girel había desplegado sus cuatro compañías de manera que rodeasen el castillo con un círculo de fuego para impedir a los garibaldinos que permaneciesen sobre las plataformas. En un cuarto de hora fueron ocupadas todas las posiciones y bien pronto la fusilería garibaldina comenzó a disminuir notablemente.

El cañón llegó escoltado por los zuevos y empezó su oficio. M. de Quatrebarbes que dirige esta pieza y que la había llevado por senderos casi impracticables para las mulas, apuntó tan bien y tiró con tal acierto que al cabo de diez disparos todo había concluido, riéndose los garibaldinos a discreción. Cogieronse 500 ó 400 fusiles, pistolas, sables, municiones y 134 hombres.

La carta nombra a los capitanes de las cuatro compañías: todos estuvieron admirables, el subteniente Eschemann fué gravemente herido. La columna tenía cuatro capellanes, monseñor Baside y el R. P. Ligier, dominico de la legión; monseñor Daniel y el R. P. Wild, de la Compañía de Jesús, de los zuevos. Estos Capellanes iban a caballo, con la columna, y cada uno de ellos, alternando, llevaba la sagrada Eucaristía, de suerte que estos valerosos soldados podían decir con verdad: *Dios está con nosotros*. Y gracias a Dios lo decían, lo sentían y lo demostraban.

La correspondencia termina señalando un rasgo verdaderamente pionante, y confirma lo que se sabe de los ultrajes inferidos al subteniente Eschemann, que iba herido, en el territorio subalpino, que tuvo que atravesar para volver a Roma. El oficial que mandaba el puesto regular allí establecido le robó el reloj, el dinero y sus diges, y hasta el sable, y le dijo: «Si no estuviera seguro de que dentro de ocho días hemos de estar en Roma, te daría un bofetón; pero luego desveláramos a tu cargo coronel, y con su piel haríamos latigos para arrojarnos de Roma.»

Estas son las tropas regulares: preciso es confesar que los garibaldinos no llegan a tanto, pues ninguno de los prisioneros que ha caído en sus manos le echa en cara este género de valor.

LUIS VEUILLON.

De Roma nos escriben algunos detalles acerca de la acción de Monte-Rotondo.

La guarnición de Monte-Rotondo compuesta de dos compañías de la legión francesa, de una compañía de carabineros suizos y de algunos artilleros, se vió asaltada por muchas partidas de garibaldinos, cuyo número llegaba a seis ó siete mil individuos. Los soldados pontificios se defendieron con bizarría y se batieron con las seis mil camisas rojas durante veintiseis horas, esto es, mientras tuvieron municiones. Después que los bravos soldados de Su Santidad concluyeron el último cartucho y se persuadieron de que ya no recibirían ningún socorro, y de que sin esto no podían resistir el fuego de la fusilería y de la artillería de sus adversarios, consintieron en rendir la plaza y capitular. Aun no se conocen todos los detalles de tan heroica defensa, así como las pérdidas por el ejército romano sufridas. Las de los garibaldinos fueron muchísimas.

Conceder el ministro de la Guerra de lo que pasaba en Monte-Rotondo, se ha apresurado a formar en Roma una columna de 1,000 hombres para mandarla en defensa de aquella población; mas este refuerzo no pudo prestarse tan oportunamente como se necesitaba, y llegó a Monte-Rotondo algunas horas después de haber caído en poder de los garibaldinos. Pero la columna permaneció a corta distancia del pueblo, resuelta a atacarlo a la mañana siguiente, a pesar de hallarse defendido por seis mil garibaldinos, cuyo número además iba aumentando considerablemente. Apercibida ya para el ataque, la columna recibió orden de volver a Roma, a consecuencia de haberse sabido que la situación se agravaba por todas partes.

ÚLTIMA HORA.

Los partes que acabamos de recibir son interesantes, pero atrasados algunas horas. Son de ayer.

¿Será cierta la prision de Garibaldi? No lo sabemos; pero adviértase que la bolsa sube ya cuando se dice que Garibaldi ha sido derrotado y que ha caído prisionero.

La orden dada al general de Faily está de acuerdo con el despacho de Mr. de Moustier. Pero es algo más; pues si Faily tiene que combatir toda intervención, tiene que combatir necesariamente al ejército de Víctor Manuel, ó este ejército tiene que retirarse.

(Telegramas de El Pensamiento Español.)

París, 4 a las cuatro y 40 minutos de la tarde. Fondos franceses, 5 por 100, 67.40.

Cuatro y medio por 100, 97.

Fondos españoles: 5 por 100 exterior, 33 3/4.

Interior, 50 1/8.

Diferido, 29.

Países, 16 1/2.

Países, 455.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Zacarías y Santa Isabel, padres del Bautista.
SANTOS DE MAÑANA. San Severo Obispo y mártir, y San Leonardo, Obispo y confesor.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Santa María, donde continúa la novena de la Virgen de la Almudena; a las diez habrá Misa mayor con sermón que predicará D. Vicente Pastor, y por la tarde en los ejercicios dirá el sermón D. Niceto Alonso.

Continúan celebrándose las novenas en sufragio de las benditas Almas del Purgatorio, y predicará en las Calatravas D. Raimundo Carrillo; en San Antonio del Prado don Basilio Sánchez Grande; en Loreto, el P. Montalban; en Santiago D. Francisco Vela; en San Ginés, D. Florencio Menéndez; en Santo Tomás, D. Jaime Cardona; en San Pedro D. Pedro Benito, y en el oratorio del Espíritu Santo don Maximino Suárez; en el Carmen Calzado D. Pedro Palomeque; en San Ignacio, D. Nemesio Lasgaster, y en Monserrat el señor Rector.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de Atocha, en su iglesia, ó la de Covadonga en San Luis.

Se reza de San Basilio, Obispo y doctor, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la octava de todos los Santos.

DISCURSO

LEIDO EN LA SESION INAUGURAL DE LA ACADEMIA MATRITENSE DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION, POR EL PRESIDENTE

EXCMO. SR. D. CÁNIDIO NOCEDAL.

SEÑORES: La Memoria que se os acaba de leer, demuestra los excelentes frutos que ha producido la importante reforma hecha en los estatutos de esta Academia por el Gobierno de S. M. Desde el momento mismo en que se llevó a cabo, las discusiones versaron sobre puntos útiles y propios del instituto; eran tranquilas a la par que brillantes, y llenaban el objeto con que fué creada en su día, y hoy restaurada, esta escuela práctica de la juventud que se dedica a la ciencia del derecho.

No hay para qué ocultarlo, señores: la revolución, que en todas partes busca teatro y auditorio para aumentar el número de sus desventurados prosélitos, habiase apoderado de este cuerpo; segura de que prendiendo fuego en el ánimo de la juventud, había logrado introducir el incendio en el corazón de España; de esta clásica tierra católica y monárquica que desde los tiempos más remotos adora a Dios verdadero, y ama y respeta a sus Reyes.

El Gobierno de S. M. ha procedido cuerda, leal y honradamente cerrando a los desastrosos cálculos de la propaganda revolucionaria las puertas de la Academia matricense de jurisprudencia; y yo me ufano de haber solicitado, propuesto y aconsejado tal resolución en mi calidad de presidente elegido el año último por el libre voto de los académicos; puesto distinguido que hoy conservo por nombramiento de la Corona. Cumpliré y haré cumplir los preceptos del Gobierno; daré al cuerpo a cuyo frente me hallo la dirección que marcan atinadamente sus nuevos estatutos; se discutirá aquí todo lo que sea discutible en una nación católica y monárquica, y ni un solo momento se pondrá en tela de juicio lo que es en absoluto verdadero, indudable, indiscutible; lo que además, y relativamente a España, es legal, tradicional y constitucional desde antes de Recaredo hasta nuestros propios días. Los que crean y sostengan que este modo de funcionar un cuerpo científico y literario es opuesto a la ciencia y a su libertad, que no vengan. Aunque vieran, yo no les permitiría tender sus alas por las nebulosas regiones del excepcionalismo y de la duda; mejor es que no vengan. Los que contemplan y admiren el sol esplendente de la verdad, los que se apacienten y regocijen en la eterna y vivificadora luz de la fe, que es tan radiante, y activa, y hermosa, que ve claro y distinto con los ojos cerrados, acudan a nuestras juntas, vengán a nuestras discusiones pacíficas, honrennos

con su presencia, é ilustrennos con doctas vigilias y con el fruto de su investigación constante, a noble fin encaminada.

¡Desdichados los que no creen! Pasan la vida trepando por el ágrico declive de montañas aridísimas, abriéndose las carnes entre abrojos y maleza, rindiendo las fuerzas y el espíritu en un trabajo a más no poder penoso, bárbaro y estéril, con el objeto de buscar una luz que nunca hallan, ó que a lo más encuentran tibia, engañosa y anublada, siempre vacilante y moribunda.

Y como gastan la vida buscando otra luz distinta de la luz verdadera, les llega la muerte sin haber pasado del umbral de las ciencias. Mientras que los que marchan en alas de la fe, penetran en sus palacios, los recorren con planta segura, y arrancan al mundo material y moral uno a uno sus secretos.

¡Atrás, pues, los hombres de la duda y de las negaciones! No vengáis a hacernos perder el tiempo. El camino que os proponéis andar ya nosotros lo hemos andado, por la Divina Misericordia, y no hay para qué detenernos un punto. No digáis que pretendéis iluminar nuestros caminos con la claridad de vuestras investigaciones; ¿quién tendrá paciencia para seguir la miserable luz de un fosforillo ó de tiznada candelilla, cuando ve radiante en el cielo el sol de mediodía?

Si estais ciegos y no percibís la viva luz del sol, ¿habéis de ver con fósforos y lamparillas? Si están invenciblemente enfermos los ojos de vuestro entendimiento, ó los de vuestra voluntad, y os ofende la claridad del sol, meteos en oscuros antros, en subterráneos tenebrosos, y salid a boca de noche a caza de insectos y sábanijas, como el murciélago y la lechuza, y dejad a las aves del día entre las cuales descuella el águila, cruzar los aires con vuelo seguro y recto, y desde las cumbres de la verdad indudable, que están tocando al cielo, descubrir la llanura, penetrar en los bosques, salvar los espacios y mover las montañas; privilegio inefable que Dios promete a la fe (1), y está negado a la duda.

¡Oh, sí! El que prometió que cualquiera que dijere a un monte, quítate de ahí, y échate en el mar, y esto sin dudar en su corazón... lo verá cumplirse, bien claramente promete que todo el que se aproxime a los alcázares de la ciencia con la antorcha de la fe, verá disiparse las tinieblas, brillar el esplendor de clarísimo día, y parecer pequeños granos de arena dificultades tanmanas como montes.

¡Atrás, pues! de nuevo os digo: no vengáis a hacernos perder el tiempo. Aquello que, en alguna comarca de Europa, ciertos hombres llamados sabios andan averiguando con solícito afán, metidos en inextricables laberintos, hablando una jerga que sería ridícula, si al cabo no fuese mortalmente venenosa, lo sabemos ya los españoles. Con firmeza y holgura lo aprendimos en el regazo de nuestras madres; lo oímos con deleite de sus labios amorosos entre tiernas caricias mezcladas con saludables consejos; y sin fatiga nos afirmamos en su conocimiento y razón profunda y eficaz, oyéndolo de nuestros varoniles padres, los soldados de la guerra de la independencia, delante de los retratos de nuestros heroicos abuelos, los soldados de la fe en el universo mundo.

Ya voy viendo que todos sabemos más que esos decantados paganos sólo con saber la doctrina, dice el insigne escritor conocido con el nombre de Fernán Caballero (2), cuyas obras bendice Dios porque van encaminadas a conservar y enaltecer las gloriosas tradiciones de esta tierra de España, que en medio de tantos desastres, conserva la unidad católica, como premio de haber llevado a cien y cien naciones el signo de la redención y de la vida.

¡Alma bienhadada de Isabel la Católica, regocijate en las mansiones celestiales que habitas, según piadosamente creo, de ver que todo lo han perdido tus hijos menos la fe que inflamaba tu corazón de grande y de española! ¡Despojos mortales del prudentísimo Felipe, alegraos, estremaos!

(1) La palabra neo-católico no es un barbarismo: pero aplícamosla a nosotros, es una barbaridad. (Discurso pronunciado en el Congreso por el autor del presente.)

(2) Aludese al precioso discurso escrito por mi querido amigo D. Manuel Canete, individuo de número de la Real Academia española, y leído en la sesión pública inaugural de este año de 1867.

(1) San Marcos, cap. 11, vers. 22 y 23.

(2) Elia, ó España treinta años há.

ceos de gozo en el incomparable monumento erigido al Rey de cielos y tierra por el piadoso y valiente espíritu que un tiempo os animó! La heregia que sabio y denodado combatió el cristiano Atlante, no ha podido penetrar en el corazón de sus yermos dominios; mermados, oh verdadero Rey, por la desgracia que desde tu muerte nos persigue; mas no inficionados por la ponzoña que atajó tu prevision.

No he de negar ni ocultar, señores académicos, que la defensa de los principios salvadores de toda sociedad, y la sumisión completa a los preceptos de autoridad infalible, traen descalabros consigo y exigen hoy algún esfuerzo. Entereza para combates materiales, para desafiarse grandes riesgos y desdichas, en suma, para reñir batallas sangrientas, tiénenla muchos; en algunas tierras, y España una de ellas, no suele faltar a nadie. Pero valor para afrontar con nobleza, un día y otro, el incansante empeño de poner en ridículo hombres y cosas, es por todo extremo escaso. Conócenlo bien la revolución y la impiedad, que son una misma cosa, y acuden a la estratagema de lanzar los dardos de la ironía y los tiros del sarcasmo sobre los que viven apegados a las tradiciones seculares de la patria.

Llámanse los enemigos de España a sí mismos sabios, y dicen hijos de la civilización y del progreso; y con tal ejecutoria por ellos mismos expedida, por ellos legalizada, y pregonada por ellos, nos llaman a los demás oscurantistas, y retrógrados, y apagaletes, y partidarios de la tiranía y de la arbitrariedad, con otros no menos iracundos mote, algunos groseros, y todos calumniosos. ¡Imposible parece! Arredrados por semejante gritaría, ocultan el rostro ante calificaciones tales y se retraen espantados algunos espíritus gallardos, que serían vigorosos atletas si la discusión fuera decorosa y urbana, ó si la persecución fuese material.

Pues bien, es necesario armarse de este valor, mucho más útil que el otro en los tiempos que atravesamos; es preciso acostumbrar el oído a semejantes barbarismos ó barbaridades (1), y oponer a la desfachatez la serenidad, a la descompostura la sangre fría, a los insultos razones, a los apodosos sonrisas compasivas; y avanzar sin miedo por la carrera firme y segura que se abre a nuestros pasos, sin parar mientes en el gárrulo infernal clamoreo. Ni más ni menos que el discreto viajante, sin salir un punto del camino real, desprecia las trochas y veredas donde chirrian las cigarras y los grillos, y los pantanos y charcas pestilentes, cuyo recinto asordan los enfadosos cantos del sapo y de la rana.

Para oír con desden tales impropiedades, menos valor se necesita hoy que hace algunos años. Ese gran servicio han hecho a la patria los que en corto número batallaban todos los días, sin curarse de que eran pocos, y muy estrepitosas las voces de sus contrarios. Ya, merced a esa reducida falange que ha mantenido el campo y la bandera en momentos difíciles, el campo se va poblando, la bandera va rodeándose de bien animada hueste, y a su perseverancia, ya que no siempre a su talento, rinden tributo hasta los mismos adversarios.

Animo, pues, señores académicos; los tiempos algo han cambiado; la lucha sigue tenaz, pero ya no parece absurda, temeraria ni desesperada. Ya se proclama al Padre Taparelli en los diarios oficiales, no importando que sea de la insigne Compañía de Jesús; ya vuelve a servir de texto la filosofía del ángel de las escuelas; ya se enaltece por muy hermosa manera en una real Academia, primogénita en la familia literaria de España, la colosal figura del gran Felipe II, respondiendo con universales aplausos el inmenso y entusiasmado auditorio (2); y ya en esta el presidente puede evitar,

(1) La palabra neo-católico no es un barbarismo: pero aplícamosla a nosotros, es una barbaridad. (Discurso pronunciado en el Congreso por el autor del presente.)

(2) Aludese al precioso discurso escrito por mi querido amigo D. Manuel Canete, individuo de número de la Real Academia española, y leído en la sesión pública inaugural de este año de 1867.

sin apelar a la energía particular de su carácter, sino provisto de armas facilitadas por el Gobierno, que se reproduzca el escándalo de aplicar el libre examen a la conducta de nuestra Madre la Iglesia, regida por el Vicario de Cristo, é inspirada por el Espíritu Santo.

Cumplida quedará, de seguro, en lo que a nosotros concierne, la verdadera constitución de España; aquella que se pierde en la noche de los tiempos y se trasmite de generación en generación hasta nuestros días; la que está sancionada con la aquiescencia entusiasta de todos nuestros antepasados, desde los innumerables mártires de Zaragoza hasta los defensores de la misma ciudad siempre heroica, y de la inmortal Girona en los asedios que han asombrado a Europa a principios de este siglo; la que los vencidos españoles impusieron a sus vencedores los visigodos por medio de sus Prelados en los célebres Concilios de Toledo, y que precedida de la sangre de San Hermenegildo, promulgó en todo el reino Recaredo. En resolución, la que el Gobierno de nuestra augusta católica Reina llamó con tanta solemnidad como justicia la constitución interna y real de esta antigua nación (1); la que se apoya como en firmísima roca en la gran muchedumbre del pueblo español, en sus tradiciones, su historia, su espíritu, su genio y sus sentimientos.

Cumplidas quedarán también de este modo las leyes del reino, que todas están fundadas en el principio católico, y en el monárquico; como que entre ellas figuran el Santo Concilio de Trento y el Concordato últimamente celebrado con la Santa Sede; y cumpliremos igualmente las órdenes del Gobierno que, al reformar nuestros estatutos a propuesta de vuestro presidente, se ha servido significar la resolución de S. M. de que aquí no se inficione a la juventud con máximas perniciosas, ni siquiera se venga a jugar a los diputados, haciendo oposiciones y votos de censura, y todo lo demás que exclusivamente ocupaba hasta hace poco las juntas de la Academia, sirviendo de escándalo a unos, de temor a otros, y de risa a los más, con desdoro y daño gravísimo de esta corporación, aprobada y en parte sostenida por el Estado.

Además, señores académicos, jóvenes como sois, no os estáis demás que mi experiencia os aconseje. No os deis a la moda en esto de sustentar aventuradas opiniones; consultad vuestra conciencia, acudid a vuestra razón sólidamente ilustrada, y seguid vuestras inspiraciones, procurando que sean bien dirigidas. Mas no os dejéis deslumbrar por el fuego fatuo de los aplausos engañosos de un día; por Dios, no os deis a gorgear en las verdes enramadas de un laberinto sin salida, cantos que no comprendéis, por escuchar las palmadas y los bravos de quien ni os entiende, ni se entiende a sí propio. «La fama de un día, la popularidad, es una divinidad bárbara, caprichosa, devorante, que obliga a sus ciegos adoradores a que envilecidos se le humillen y prosternen; y a cambio de sonrisas falaces, exige que el talento le inmole sus más preciosas prerrogativas. ¿Cuántos, por complacer a esa diosa que reina en fatales días sobre pueblos frívolos, han preferido el éxito de un instante a la gloria de la inmortalidad (2)?»

Se dice ahora vulgarmente, y con gran aire de formalidad, que la opinión es reina del mundo. Ciertamente la opinión que se forma a través de los siglos, que la posteridad confirma y el tiempo sanciona, esa es la reina del mundo. Pero no la opinión fugaz del momento, aunque la sostenga el mayor número, aunque sea casi universal. ¡Cuántas veces funestamente se equivocó! ¡Cuántas veces cae en el desprecio a poco de nacida! ¡Cuántas veces (bien se resiente de ello la pobre España), de prueba en prueba, de experiencia en experiencia, a cual más costosa, la opinión, reina del mundo, como ahora se dice, esa desvergonzada meretriz de la ciega muchedumbre, puso a las naciones en el borde espantoso del abismo, ó en ellas las despenó!

(1) Gaceta de Madrid del 30 de Diciembre de 1866.

(2) P. Félix.—Conferencia 3.ª del año 1867.

con miserable caída. Huid, pues, de la reina del mundo usurpadora que empuña hueco cetro de caña, y ostenta abigarrada corona de ciertos pintados, y rendid culto a la verdadera reina del mundo, que es la que domina los espacios y los tiempos, y se enseorea de la tierra en cuanto acaba la fiebre que enardecó a los hombres al pasar la comediante vocinglera y trastornadora.

(Se continuará.)

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 4 de Noviembre de 1867.

HORAS.	Barómetro reducido a 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m...	744.64	6.2	7.7	N. E....	Cubiert.
9 m...	743.20	9.0	10.0	N. E....	Idem.
12 m...	741.47	11.8	14.3	N. E....	C. cub.
3 t...	740.45	12.9	16.4	N. N. E..	Despej.
6 t...	740.23	9.4	11.8	N. N. E..	Idem.
9 n...	740.58	7.4	9.3	N.....	Idem.

Temperatura máxima del día... 12.8 16.0
Temperatura máxima al sol... 24.8 31.0
Temperatura mínima del día... 4.2 5.2

Evaporación en las 24 horas... 3.4 milímetros.
Lluvia en id. id.

BOLSA DE MADRID.

Cotización oficial del 4 de Noviembre de 1867.
FONDOS PÚBLICOS.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 52.05, 52.00, 52.05, 10.05, 52.00, y 52.05 y 52.15 pequeños; a plazo, 52.05, 10.15, 05 y 10 fin cor. hr., y 52.15 fin cor. vol.

Id. del 3 por 100 diferido, publicado, 51.00, y 51.20 pequeños.
Deuda amortizable de segunda clase, id., 45.90.
Material del Tesoro no preferente con interés, no publicado, 98.00.

Deuda del personal, publicado, 19.95.
Obligaciones municipales al portador, de 4,000 reales, no publicado, 58.00.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 96.00.

Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual emisión de 1.ª de Abril de 1850, de 4,000 reales, no publicado, 85.00 d.

Idem id. de 2,000 rs., id., 90.50 d.

Idem id. de 1.ª de Junio de 1851, de 2,000 reales, id., 85.50 d.

Idem, id. 31 de Agosto de 1852, de 2,000 reales, id., 74.00 d.

Idem, id. de 1.ª de Julio de 1856, de 2,000 rs., id., 70.00 d.

Idem de Obras públicas de 1.ª de Julio de 1858, de 2,000 rs., id., 70.00 p.

Idem del Canal de Isabel II, de 4,000 rs. 8 por 100 anual, id., 102.00 d.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 65.00 y 64.95.

Idem id., (nuevas) de 2,000 rs., id., 64.00.

Acciones del Banco de España, no publicado, 145.00 d.

Obligaciones hipotecarias de La Peninsular, id., 50.50 d.

CAMBIOS.

Londres a 90 días fecha, 49.75.

París a 8 días vista, 5.47 p.

BOLSAS EXTRANJERAS.

Londres, 31 de Octubre.—Consolidados, 94 3/8 a 94 1/2.—Interior español, 53 1/2 a 54 1/2.—Diferido, 50 7/8 a 51 1/8.

París, 31 de Octubre.—Interior español, 50 1/8.—Diferido, 29.

MADRID: 1867.

Editor responsable: D. C. NAVARRO VILLOSLADA.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo 34, a cargo de R. Labajos y Arenas.

Tanto los anuncios como los comunicados se insertan a precios convencionales.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja a las corporaciones, sociedades mercantiles y a las particulares que anuncian periódicamente.

TESORO DE LA BOCA

O ELIXIR DUPONT.

Este precioso licor, el más antiguo y eficaz de todos los dentíficos, da a la boca una gran frescura. Hace desaparecer los dolores de muelas más agudos, cura las úlceras de la boca, las encías enflaquecidas y el aliento viciado, preserva del escorbuto, y da a los dientes un brillo y blancura estremados. Los médicos más célebres recomiendan este licor para la conservación de la salud de la boca y dientes. Sus preciosas cualidades le han merecido de las señoras francesas el gracioso nombre de TESORO DE LA BOCA. Así es que su boca y su despacho aumentan cada día.—Precio, 20 y 42 reales.

Véndese en Madrid, por mayor, Agencia franco-española, 31, calle del Sordo; por menor, Sres. Borrell hermanos, Escalar, Moreno Miquel y Sanchez Ocaña. En Granada, viuda de Vazquez y Godoy; Antequera, Mir de los Ríos. (A. 2,660.)

COMISIONES EXTRANJERAS.

Desde 1845 la empresa C. A. SAAVEDRA en PARIS, rue de Taitbout, 55, en MADRID, antes Exposición Extranjera, calle Mayor, número 10 y ahora Agencia franco-española, calle del Sordo, núm. 51, se consagra entre otros negocios a las COMISIONES entre España y Francia y vice-versa. De hoy más, y merced a su progresivo desarrollo, ejecutará las de América con España, Francia y el resto de Europa.

Sus mejores garantías y referencias consisten en veinte y dos años de práctica, por decirlo así, enciclopédica, de grandes compras y por lo tanto relaciones inmejorables con las fábricas.

A su vez es natural que reclame fondos ó referencias en Madrid, París ó Londres de las casas americanas ó españolas que le confien sus compras u otros negocios.

He aquí las diversas fabricaciones con las cuales está familiarizada, si bien conoce a fondo y esportará a bajos precios a todas las demás.

Acordeones y armónicos.—Artículos de caza.—Arcas.—Artículos de París.—Albums.—Bronces.—Relojes.—Candelabros.—Estátuas.—Bombas para incendios.—Cadenas para relojes.—Cafeteras.—Candeleros.—Cepillería.—Cubiertos de plata de Rouitz.—Cuchillería.—Cristalería de Alemania.—Guarniciones para chimeneas.—Id. para libros.—Gazones.—Joyería de oro.—De plata.—Juegos de paciencia, geografía, ciencias, etc.—Lámparas.—Látigos-fustas.—Carruajes.—Loza y porcelana.—Mapas y esferas.—Máquinas.—Idem para cortar papel.—Id. de todas clases.—Medallas de santos.—Moldes para dorados.—Muebles de lujo.—Modas para señoras.—Organos para iglesia.—Papel sigiloso pintado.—Id. para escribir.—Id. para imprimir.—Perfumería.—Porta-monedas y petacas.—Porta-plumas de lujo y ordinarios.—Prensas para imprimir.—Id. para timbrar.—Rosarios engastados en plata.—Tintas de todas clases.—Tapicería.—Instrumentos de música.—Imitación de encajes.—Objetos de imprenta.—Tinteros de todas clases.—Ornamentos de iglesia.

La empresa C. A. SAAVEDRA con establecimientos propios en Madrid y París, ofrece depósitos en las principales ciudades de España y numerosos correspondientes en toda Europa abraza desde 1845.

1.ª Las ventas por mayor en Madrid, calle del Sordo, núm. 51; ved las mercancías que anuncia.

2.ª Las comisiones de todas clases entre España y Europa ó América y vice-versa; en una palabra, las importaciones ó exportaciones.

3.ª La inserción de anuncios extranjeros en España y de anuncios españoles en el extranjero.
4.ª Las suscripciones extranjeras ó españolas.
5.ª Los transportes de Madrid a cualquier punto de Europa ó vice-versa.
6.ª El cobro de créditos españoles en el extranjero ó extranjeros en España.
7.ª La elección de intérpretes y relaciones comerciales en Madrid, París, Londres, Francfort, etc., y el pago en estas u otras ciudades de las cantidades que se confían a nuestras oficinas.
8.ª La toma y venta de privilegios españoles ó extranjeros.
9.ª Las consignaciones en el extranjero de artículos españoles y en Madrid de artículos coloniales y extranjeros.
Agencia franco-española, París, 55, rue Taitbout, antes rue Richelieu, núm. 97. Madrid, misma casa, calle del Sordo, 31, antes Exposición Extranjera, calle Mayor, número 10. (A.—202.)

ACEITE DE HOGG
DE HIGADOS FRESCOS DE BACALAO
Tisis, afecciones escrofílicas, los crónicos, reumatismos, flaqueza de los niños, gota, debilidad general (engorda y fortalece).—Dulce y fácil de tomar.—Mención honorable.—En París, farmacia HOGG, rue Castiglione, n.º 2.
Depósito en las buenas farmacias.

París, 8 y 5 francos el frasco. Madrid, Sanchez Ocaña, Escalar y Moreno Miquel. La agencia franco-española, calle del Sordo, 31, sirve los pedidos, y en provincias su depositarios. Precios, 40 y 24 rs. (A.)

ACEITE de HIGADO de LISA
puro ó con yoduro de hierro, del doctor Delattre, el único aprobado por la Academia imperial de medicina de París y admitido en todos los hospitales de París por los doctores y profesores Deyergie, Guersant y Barthel, médico de S. A. el Príncipe imperial.—4.ª que todos los enfermos y los niños prefieren el aceite de hígado de Lisa al de Bacalao por ser más fresco y más suave.—2.ª que sus propiedades curativas son más activas y eficaces. Se vende siempre en frascos (5 ó 6 frs.) marcados con el nombre del doctor Delattre y acompañados de muchos certificados de los médicos más afortunados y del modo de usarlo.—Pesquerías y fábrica en Dieppe y depósito general en París en casa de Naudin, rue de Jouy, 7.—En Madrid, por mayor, Agencia franco-española, 51, Sordo.—Por menor, Borrell, Escalar, Sanchez Ocaña y Moreno Miquel. Precio, 50 y 56 rs. (A.—2570.)

PLUS de CHEVEUX BLANCS
Este producto sublime vuelve para siempre los cabellos blancos y a la barba un color primitivo sin ningún preparación ni lavaduras.—Progreso, inmenso éxito garantido. Em. Sallés.—Perfumista químico, 5, rue de Buel, París.—Madrid, Agencia franco-española, 31, calle del Sordo, sirve los pedidos.—Al por menor, C. Miró, Arenal. (Núm. 2,510.—A.)



PILULE DEHAUT.
Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, tiene, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al revés de otros purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Seditz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

NO MAS CALVICIE.

Acetate específico fabricado por el mismo

Dr. MAX OLDENDORFF,

para hacer renacer el cabello é impedir su caída más intensa en algunos días.

Venta por mayor, en Madrid, Agencia franco-española, 31, calle del Sordo. (A.—2,620.)

CONVERSACIONES

FILOSÓFICO TEOLÓGICAS

sobre el ateísmo, deísmo y panteísmo

modernos, escritas por el Presbítero D. Manuel Gumiel y Llan, de la congregación de San Felipe Neri de Madrid.

Esta interesante obra, tan ventajosamente elogiada por la censura eclesiástica como por La Esperanza y El Pensamiento Español, tiene toda la sencillez en su forma de un diálogo familiar, y toda la pro-

fundidad en su fondo de la más sólida filosofía. Su lectura no deja efugio a los impíos é incrédulos, cuyos últimos argumentos contra la Religión se pulverizan en el mismo terreno que han escogido para combatir. Sabido es que en cada época los enemigos de Dios varían la forma de sus ataques, y la obra anunciada responde perfectamente a la que han adoptado en nuestro siglo.

Véndese a 14 rs., rústica, en la librería de D. Miguel Olamendi, quien la remite a provincias franca de porte a 15 rs. (Núm. 553.—G. S.)

NO MAS CALVAS.

El aceite americano por el químico Arbiol, que tan maravillosos efectos está causando, haciendo renacer el cabello perdido, sigue expendiéndose a 8 rs. frasco, calle de la Montera, núm. 18, de la gentería de S. M.; en Barcelona, calle de Fernando VII, núm. 55; Cádiz, perfumería de Rey; Málaga, pasaje de Alvaraz, núm. 78; Sevilla, calle de Gallegos, gentería de Perrier; Valencia, calle de la Sombra, número 8 y 10, y Zaragoza, calle de la Torre Nueva, núm. 6. (Núm. 576.—I.—G. y P.)

ANALOGÍAS DE LA FE.

Obra escrita por el señor doctor DON ESTEBAN MORENO LABRADOR, CHANTRE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ.

El objeto de la presente obra es estudiar los dogmas en su concepto filosófico, comparándolos, y relacionándolos unos con otros, y con las verdades de razón. El primer tomo, de los dos que ha de tener la obra, en 8.ª mayor, de letra compacta y en papel glasado, de 342 páginas, se halla de venta al precio de 12 rs. en Madrid en casa de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6.

Se obtiene también por el mismo precio, franco de porte, haciendo el pedido a Cádiz a D. José María Leon y Domínguez Presbítero, calle de la Compañía, núm. 8.